

PRÓLOGOS
A LA PRIMERA Y SEGUNDA EDICIÓN DE
“EUSKADI: APROXIMACIÓN POLÍTICA”

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN DE “EUSKADI: APROXIMACIÓN POLÍTICA” 1991

Este folleto –sin tamaño ni calidad para constituir un libro y sin agresividad o gracia suficientes para convertirse siquiera en libelo– ha sido escrito apresuradamente en poco más de un mes, en los ratos libres que nos ha dejado la imperiosa necesidad de trabajar para comer.

Pero dado el propósito del mismo no creo sinceramente que esto importe demasiado. Aspiro como mucho a remedar el papel del bautista –sin perder la cabeza en el intento, por supuesto– y en ningún caso el del salvador. La razón es obvia y no se necesita para pregonarla ni un miligramo de modestia fingida o añadida: no estoy dotado para menesteres que rayen la excelencia en ningún terreno. No soy historiador, ni sociólogo, ni analista político, ni escritor, aunque me gustaría ser todas esas cosas –y algunas más– a la vez. Siento profundo respeto y admiración por quienes tienen algo serio que decir en cualquiera de esos ámbitos y un no menos profundo desprecio por los diletantes engreídos, sobre todo desde que abundan tanto en nuestro país.

Escribo apoyado en el derecho que me concede mi condición de miembro de un pueblo que lucha por su libertad e impulsado asimismo por el deber que lleva aparejado ese derecho. Mi vocación frustrada es –apenas me quedan ya dudas al respecto– la de pacífico y satisfecho (lo confieso con alguna dosis de vergüenza) ciudadano de un país libre y moderno. En condiciones de normalidad política creo que hubiera sido

feliz disfrutando de la intimidad familiar, de la amistad y del trabajo profesional; disfrutando del paisaje, del folklore, de las tradiciones, en una palabra, de la cultura de mi país y pudiendo acceder desde ella –no hay otra vía– al conocimiento y disfrute de la cultura universal. No ha podido ser. Todos los caminos pasaban y pasan por la política y aunque la política en el sentido de salida o carrera profesional me ha importado siempre un comino, pronto descubrí que no me quedaba egoístamente otro remedio que arrimar el hombro. *To be or not to be...*

Nunca me pasó desapercibido, sin embargo, que en política, como en otras actividades de la vida, no se puede andar a tientas o dando palos de ciego. Y en una búsqueda desesperada, difícil y apasionante, por las circunstancias en que se desarrolló, de la razón aplicada a la política, hace tiempo que creí descubrirla en una revista denominada LAN-DEYA, Órgano de Solidaridad de Trabajadores Vascos y, posteriormente, en otra publicación de nombre IPARLA que, sin género de dudas, continúa el análisis político de la realidad vasca iniciado en LAN-DEYA. Esta opinión era compartida en su día por otros que consideraban a LAN-DEYA “el mejor cuaderno político que veía la luz pública en Euskadi”. (Anónimo de la década de los 60: “Partidos Políticos en el Pueblo Vasco”).

Con este librito pretendo, –sin hacerme muchas ilusiones al respecto, dicho sea de paso– llamar la atención sobre el pensamiento político que en esas publicaciones se contiene e inducir, convencer y animar, principalmente a la juventud, a que lo estudie y lo debata a fondo, a que lo rescate de las mazmorras de un cuasi-anonimato vergonzante, a que lo critique y desarrolle y, sobre todo, a que lo convierta en instrumento de liberación.

El cerco de silencio que se ha hecho en tomo a esas publicaciones y a cuanto tenían que haber significado políticamente para nosotros no me resulta explicable más que desde posiciones antidemocráticas absolutamente contrarias a los intereses reales del país.

Habrà quien piense que estoy intentando vender el producto de una marca de la que soy accionista. Está equivocado. El origen de mi empeño

reside –creo haberlo dicho– en la conciencia del deber y no en necesidades de marketing de un producto del que no soy en absoluto propietario, ni individual ni colectivo. No puedo, pues, atribuirme otro mérito al respecto que el que lleva implícito el subjetivo reconocimiento de la calidad de un trabajo político y el comprensible esfuerzo –*motu proprio*– posterior por darlo a conocer.

El objetivo de estas páginas queda, por tanto, claramente expuesto y delimitado: se trata de mostrar un camino intencionadamente encubierto hasta ahora a los ojos del pueblo y que, en mi opinión, podía habernos conducido –y puede conducimos quizá todavía– a la anhelada libertad.

Otra cosa muy distinta es que este esfuerzo se vea coronado por el acierto, es decir, que haya interpretado correctamente los puntos de vista que en las citadas publicaciones se expresan. Las opiniones que aquí se defienden tienen para mí escasísima originalidad porque estoy subjetivamente convencido de que son meras glosas, desarrollos o reflexiones al hilo –cuando no citas literales– de artículos publicados en LAN-DEYA o en IPARLA. Pero pueden ser, contra mi voluntad, sumamente originales y, por desgracia, sólo en sentido peyorativo. *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. Con esta enfática aclaración pretendo eximir al autor de aquellos artículos de cualquier posible inculpación por los errores, desenfoces, puntos de confusión o simplemente nimiedades que en este librito se contengan. Toda la responsabilidad debe recaer exclusivamente sobre mis espaldas. Tampoco suplico la indulgencia del lector. No son tiempos para andar con melindres ni zarandajas por el estilo. Sólo le pido que su crítica esté animada, como creo que lo está la mía, por la pasión de la libertad. En ese caso siempre encontrará en mí un interlocutor atento, receptivo y dispuesto a corregir los propios yerros. No aspiro al aura que se deriva del monopolio de la razón; mis deseos, mucho más modestos, se reducen a vivir mejor.

* * *

Este folleto se terminó de escribir a finales de julio del presente año. El autor era muy consciente por esas fechas de que:

- no hacía más que repetir cosas que habían sido ya dichas en el país con la antelación suficiente
- los hechos que estaban teniendo lugar en aquellos precisos momentos en lo que se denominaba todavía Unión Soviética hacían prácticamente ociosas estas líneas.

La vertiginosa velocidad con que los acontecimientos se han ido sucediendo a partir de entonces refuerza poderosamente en el día de hoy aquel sentimiento. ¿Para qué, pues, publicar este folleto? La verdad es que no lo sé... Siempre queda algún resquicio de duda sobre su posible utilidad, aunque quizá la propia duda no sea más que la última añagaza. También para no escribir se necesita a veces mucho carácter.

De todos modos la claridad y la profusión con que los hechos mismos han divulgado a los cuatro vientos lo esencial del mensaje que aquí se contiene ha enterrado definitivamente cualquier brote de vanidad que, de lo contrario, habría podido infundadamente aparecer. No queda más que el dolor de ver cómo se extienden los aires de libertad sin que ni siquiera nos rocen.

EL AUTOR

Tolosa, 28 de setiembre de 1991

PRÓLOGO (UN TANTO REITERATIVO) A LA SEGUNDA EDICIÓN 1993

Querido lector:

Durante muchos años me embargó permanentemente, aunque con intensidad diversa, el sentimiento de que ‘tenía algo que decir’. Hoy me parece que se trataba de un exceso de auto-estima que tampoco para ti habrá sido quizá desconocido del todo en una u otra etapa de tu vida, por lo que espero que me comprendas y me absueles. Era seguramente algo tan simple y tan común como el deseo de tener un hijo y de plantar un árbol, sólo que más difícil de llevar a cabo. Dicho sentimiento ha sido afortunadamente contrarrestado por alguna conciencia de mi real valía, amén de por una enorme dosis de pereza y de miedo –injustificado, por lo que veo en derredor– a los rigores de la crítica. El trato continuado por afición y oficio con las grandes lumbreras del pensamiento me hizo saber a tiempo que no he sido llamado a ocupar un lugar, ni modesto siquiera, en el ranking. Por otra parte los embates de la vida han ido depositando gruesas capas de escepticismo sobre cualquier tipo de vanidad que en otras épocas y de manera más o menos sutil me haya podido tentar. Difícilmente, pues, a mis cincuenta y seis años hubiera podido aquel impulso juvenil y, a buen seguro, asaz neurótico superar mi pereza natural –según Rousseau el hombre es de índole más bien perezosa– y el escepticismo adquirido. Si, pese a todo, me he decidido a escribir es que hay razones añadidas.

Soy más consciente que nunca de que no tengo nada de mi cosecha que ofrecerte, lector amigo. Pero en este país nuestro tan maltratado no sólo por sus enemigos y la fortuna, sino por sus propios hijos, he sido testigo de acontecimientos que tienen suficiente entidad en sí mismos como para ser contados. Creo que deben ser contados. No me iría tranquilo de este mundo sin saber que algún futuro historiador al menos (aunque me gustaría que no fuese sólo él) va a poder disponer de datos de nuestra historia reciente que para mí han sido relevantes y que, si mi pluma no los desvela, corren el peligro de no ser incluidos en crónica alguna. Es la única razón de estas páginas. Si a pesar de todo hablo demasiado de mí mismo, sabe que no es más que por cierta incapacidad de escribir un libro en el plano objetivo e impersonal. Bien que me hubiera gustado, pero no tengo ni ingenio, ni fuerza, ni tiempo suficientes para ello. Me resulta difícil encontrar la piedra angular, el punto arquimédico en torno al cual podría construir un edificio teórico sólido y completo que reuniera, trabara y explicara sistemáticamente los diferentes datos, teorías e hipótesis, más o menos parciales e inconexas, que pretendo aportar. Sé que hay en este país quien puede hacerlo, pero no se si concluirá alguna vez la tarea para la que está, sin duda, intelectualmente muy bien dotado. Las condiciones de todo tipo en las que tiene que llevarla a cabo no son precisamente óptimas. Pero si algún día esa obra se imprime me gustaría que esta mía te hubiera servido, lector amigo, de guía, de impulso, o de reclamo al menos para emprender la lectura de aquélla. Después puedes arrojarla a las llamas.

Cuanto puedas encontrar aquí de interés se debe a lo que he aprendido en ese libro todavía nonato; pero así como estoy seguro de no haberlo 'leído' en su integridad, no estoy tan seguro de haber interpretado y digerido correctamente la parte del mismo que he tenido la suerte de descubrir, por lo que te ruego no imputes más que al autor los errores que descubras en estas páginas.

El *modus narrandi* se justifica también por la propia impaciencia. Al margen de lo que haya en ello de coartada encubridora de otras carencias, es verdad que tengo prisa por quitarme un peso de encima. He escogido,

por consiguiente, el camino más fácil, más sencillo y directo de transmitir un legado que no me pertenece en exclusiva, de transmitirlo sobre todo a las nuevas generaciones de mi país por si pudiera ser de utilidad algún día. Expongo lo que he experimentado y tal como lo he experimentado. Tu mismo juzgarás de la veracidad y de la importancia de lo que aquí se dice. Si para ti no tiene ningún valor es que no lo tiene en absoluto y que yo viví tremendamente equivocado. He pensado en esta posibilidad y, a veces, me ha parecido cargada de verosimilitud, pero la última palabra quizá no ha sido pronunciada todavía. Tienes que decirla tu, lector, hermano, hijo como yo de la vieja Euskal Herria.

Yo siempre me he sentido vasco. Mamé el apego a la tierra de mis antepasados con la primera leche y más tarde en muchas conversaciones con ambos progenitores en los largos anocheceres del invierno, henchidos de misterio y de melancolía, mientras aguardábamos hambrientos la hora de la cena desgranando mazorcas de maíz previamente tostadas al horno. Los padres nos hablaban de su infancia, de su juventud, de la guerra reciente en la que habían resultado perdedores. Sus palabras y sus actitudes iban configurando poco a poco nuestro espíritu. Ninguna otra influencia ha sido para mí tan decisiva. No puede compararse con la ejercida por ideología alguna con la que este sentimiento ha compartido —a veces por mucho tiempo— el dominio de mi mente y mi corazón. (También el cristianismo ha dejado en mi espíritu una impronta imborrable que atribuyo igualmente a la temprana educación, pues no me atrevo a defender con Tertuliano un *anima naturaliter christiana*). Es un sentimiento que brotó espontáneamente en lo más íntimo de mi ser, se nutrió en el medio natural del pueblo y los primeros amigos y sólo el descubrimiento de su incoherencia, de su irracionalidad, hubiera podido moderar o, incluso, erradicar. Pero no ha sido así y no precisamente por falta de reflexión. Siendo todavía adolescente topé por casualidad (si la casualidad existe) con un folleto escrito por F. J. Landaburu en el que se vertían conceptos ‘nacionalistas’ de índole general y mis entrañas se removieron. Mis sentimientos empezaban a encontrar cauces más o menos idóneos de

expresión y racionalización. A partir de ese momento supe ya, intuitiva pero firmemente, quién era y a qué me querían –por la fuerza– reducir. Luego he sido católico, me ‘convertí’, como muchos otros jóvenes de este país, al marxismo ortodoxo primero y al heterodoxo después; me convencí (hace ya muchas décadas, como lo prueba este escrito) de que la democracia es mejor garantía de conservación y desarrollo de la personalidad que la misérrima y engañosa protección de Leviatan...; pero lo que ha permanecido indemne bajo los sucesivos caparazones con los que me he revestido, pese a todos ellos, es aquel sentimiento originario: el amor a la tierra natal, el amor a los míos, a nuestra cultura y a nuestras costumbres; en definitiva el lógico amor a mi mismo, soporte último de la irrenunciable decisión de ser dueño de mi destino.

Este sentimiento no ha sido nunca particularista; al contrario, me ha inducido a contemplar la humanidad como una gran arpa en manos de un gran maestro, como dice poéticamente Heine. Cada pueblo es también para mi, como para el gran poeta judío, una cuerda del arpa y de la sonoridad armónica de todas las cuerdas brota la melodía eterna y maravillosa de la vida. Jamás he experimentado sentimiento alguno de superioridad –hubiera sido estúpido dada mi indigencia objetiva– y he disfrutado con las manifestaciones culturales de todos los pueblos del mundo que he tenido la suerte de conocer. Sólo he aborrecido (y aborrezco) a quienes no sólo se inhiben, sino que procuran positivamente reducir el número de cuerdas del arpa para forzar un sonido monocorde, aburrido, que haría tediosa y horrible la vida del hombre condenado a sufrirlo.

Estos son lugares comunes pero, pese a ello, cuán escaso es todavía hoy, a las puertas del siglo XXI, el esfuerzo de la humanidad por conservar e incrementar la complejidad y diversidad cultural que hacen la vida mucho más hermosa, alegre y digna de ser vivida.

No voy a entrar en disputas filosóficas acerca de la ‘esencia del ser humano’. He nacido en un lugar y un tiempo determinados. Circunstancias de todo género han configurado mi personalidad y deseo mantener o

crear las condiciones que hacen posible la realización histórica de mis capacidades concretas. Por eso soy ‘separatista’ vasco; es decir, demócrata e internacionalista.

Por otra parte, las sociedades humanas no pueden ser consideradas como deberían ser o como a algunos nos gustaría que fueran, sino como realmente son. En el conflicto en el que estamos inmersos desde los comienzos de la historia, no hay consideraciones teóricas, ni filosóficas, ni religiosas, ni de otro cariz, que primen sobre la relación de fuerzas. Esto es tan evidente en cuanto uno se inicia mínimamente en la historia real de la humanidad, que haría falta carecer prácticamente de inteligencia, es decir quedar reducido al estado inorgánico, para no verlo. Los animales lo saben por supuesto. Parece que lo supieran también los retoños de roble o de haya que se rodean de zarzas y maleza, en general, para evitar ser pasto de las vacas y yeguas que viven en nuestros montes. Pero es que hasta las piedras cuando buscan asiento firme para posarse, incrustan sus partes más puntiagudas en la tierra blanda y se protegen alrededor de una fuerte muralla de barro tapizado de líquen, parecen conscientes de la necesidad de luchar para mantenerse en el ser contra la crueldad de los elementos. Sólo algunos hombres son capaces de olvidarlo, de ser engañados hasta tal punto, porque sólo los hombres pueden alcanzar cimas intelectuales fascinantes como descender igualmente hasta simas insospechadas de estulticia e indignidad.

Tuve la fortuna de caer en la cuenta de esta verdad de perogrullo relativamente pronto y desde entonces me interesé por la política como la única actividad capaz de imponer las condiciones necesarias para que nuestro país pudiera seguir ocupando un lugar entre los pueblos libres del mundo. Estas páginas son la historia sucinta de mi praxis política encaminada a liberar al País Vasco del yugo español y francés. Pretendo, por tanto, que mis opiniones – ya que no hermosa y sistemáticamente expresadas– mantengan una relación coherente con el objetivo tan explícitamente expuesto. Quien pretenda discutir las tesis que aquí se sostienen habrá de esforzarse en mostrar su inconsistencia en función del punto de

partida democrático, antinacionalista y solidario que hemos adoptado. De lo contrario estaremos hablando lenguajes diferentes. Y por supuesto, no tengo la menor intención de discutir con enemigos la validez de los objetivos expuestos. La Abadía de Thelème, centro de la sabiduría y de la virtud a la que aspiraba Rabelais, no se rige ya, como la academia platónica, por el espíritu absoluto de la geometría; la única cláusula de su reglamento dice lisa y llanamente "*fais ce que voudras*" (haced lo que gustéis). En cualquier caso, pienso que esa humanidad ideal en marcha, de la que tanto nos han hablado los filósofos y por la que siento todavía una especie de religioso respeto, compartiría muchas de mis opiniones. Acepto, pues, de antemano el veredicto de la historia, acepto todas las consecuencias que se derivan de mi apuesta inicial. No estoy dispuesto a ceder mi propia estima a cambio de nada. Si pierdo, moriré al menos lúcido y de pié. Aborrezco la pretendida felicidad del esclavo.

EL AUTOR